

—Es para poner tortas de manzanas. Lo mejor será que la lleve. Si encuentro por ahí alguna torta de manzanas, por lo menos no nos faltará bandeja. Ayúdame a meterla en este saco.

La operación les llevó mucho tiempo. Alicia, diligentemente, sostenía abierta la boca del saco, pues el caballero era bastante torpe en sus movimientos, tanto, que las dos o tres primeras veces que intentara introducir la bandeja, cayó dentro del saco de cabeza.

—Hay tan poco sitio ya —dijo, cuando al fin pudo acertar—. Está lleno de candeleros.

Y puso el saco colgado del arzón, junto a un verdadero arsenal de cacharros, herramientas, manojos de zanahorias, tenazas, e infinidad de cosas más.

—Supongo que llevas el pelo bien sujeto —dijo de pronto el caballero mientras emprendía la marcha.

—Como siempre —repuso Alicia sonriente.

—Es peligroso estar desprevenida —dijo con vehemencia el caballero—. El viento es aquí muy fuerte, tan fuerte como la sopa.

—¿Has inventado algo para que no vuele? —inquirió Alicia, medio en broma medio en serio.

—Todavía no. Pero tengo un sistema para que no cuelgue.

—Me agradaría conocerlo.

—Voy a complacerte. Primero te provees de un palo; atas a él el pelo puesto para arriba, como un árbol frutal. El pelo cae porque cuelga para abajo, eso debes saberlo. Las cosas nunca cuelgan para arriba. Es un sistema de mi invención. Si te gusta puedes adoptarlo.

—No me parece un gran sistema —pensó Alicia discutiendo sobre la *idea*. La niña se detenía a cada momento para sostener al caballero, que no era un gran jinete, por cierto.

Cuantas veces deteníase el caballo, cosa que ocurría muy a menudo, el caballero salía disparado por las orejas; y en cuanto empezaba a caminar, como lo hacía de sopetón, el caballero era despedido por la cola. Si alguna vez manteníase en equilibrio, era por muy poco tiempo, pues escurriase por un costado, por lo regular el mismo por el que iba Alicia, quien pensó que le convenía mantenerse no muy cerca del caballo.

—Temo que no tengas mucha práctica en montar a caballo —se atrevió a decir Alicia al caballero mientras lo izaba, luego de su quinta caída.

El caballero pareció muy sorprendido y hasta esbozó un mohín de resentimiento por la observación.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó extrañado y tambaleándose sobre la silla, y en ese momento echó mano a la trenza de Alicia, pues se caía otra vez.

—Pues porque los jinetes no caen con tanta frecuencia cuando tienen práctica.

—Yo tengo una práctica enorme —respondióle muy formal el caballero—. ¡Enorme!

Alicia no tuvo más remedio que decir: «es verdad», con el tono más natural que pudo. Luego caminaron un corto trecho en silencio; el caballero con los ojos entornados y hablando entre dientes consigo mismo, Alicia cuidándolo para evitar el inevitable costalazo.

—El gran arte de montar a caballo —dijo de pronto el caballero en voz alta y accionando con el brazo derecho mientras hablaba— es conservar...

Aquí el párrafo se cortó tan bruscamente como empezara y el caballero rodó de coronilla justamente en medio del camino en el que la niña andaba. Esta vez Alicia se llevó un buen susto, y mientras le ayudaba a levantarse le dijo muy ansiosa:

—Espero que no te hayas roto ninguna costilla.